

## SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

La obra de Borges atraviesa el difícil momento en que se halla toda obra destinada a ser clásica cuando la existencia de su autor la sujeta a numerosos cambios de perspectiva, y hace que ineludiblemente se le juzgue a la luz de los hechos actuales, cotidianos. Todo impide la necesaria objetividad; todo comentario afronta el riesgo de invalidarse. El único recurso es partir de la conciencia de que toda exégesis, todo juicio, toda discrepancia es nada más "una de las posibles lecturas", y antes de combatir o exaltar a Borges hay que hacer el intento de situarlo dentro del panorama contemporáneo y definir la razón y el sentido de su trabajo de escritor. Acaso —como cree uno de sus críticos más inteligentes, Emir Rodríguez Monegal— la manera más eficaz de acceder al mundo literario que cubre el nombre de Jorge Luis Borges sea aceptar, de una vez por todas, que no es posible comprenderlo cabalmente si no se le considera como una literatura dentro de otra; no sólo como un capítulo o una etapa o una tendencia dentro de la literatura argentina o hispanoamericana de hoy. Se trata, en principio, de toda una literatura con su pluralidad de géneros, desde la lírica hasta la fabulación metafísica; con sus evidentes periodos, desde la renovación ultraísta de los años veinte hasta los intensos y sencillos textos de los últimos tiempos, pasando por las fantasías que algunos juzgan como si nada más allí estuviese Borges. Una literatura que tiene su propia retórica y su propia estilística, una metafísica que le confiere unidad y hace un todo coherente al ligar los fragmentos; un estilo personal, intransferible, y hasta sus apócrifos: y hasta su oculta, despiadada autocrítica. Una literatura que, más allá de su profusión, revela la unidad del ser Borges: su creador y su tema secreto.

A fines de 1961 Borges ha publicado una *Antología personal* que nos concede una imagen de él mismo distante de la que dieron condenaciones y exaltaciones anteriores de su labor. Si declara en el prólogo: "Mis preferencias han dictado este libro. Quiero ser juzgado por él, justificado o reprobado por él", sería injusticia —y más que nada, facilidad— justificarlo o reprobalo por esa *Antología personal*, sin incluir esa nueva, acaso esa postrera, dimensión del escritor en el conjunto de su obra total. Es probable que el diálogo con James Irbby que se publica en estas páginas constituya, en lo futuro, una porción indispensable del material que se requiere para enjuiciar a Borges, a Borges indiscutible "clásico del siglo veinte".

Mientras tanto, hay un Borges doctor Jekyll que escribe páginas perfectas, gana el Premio Internacional de los Editores, pone a la literatura hispanoamericana al nivel de la más alta literatura europea, asombra a los escritores franceses, y hay un Borges Mr. Hyde que hace declaraciones a la revista o artefacto peluqueril *Bohemia Libre* y sostiene que "ser neutral es ser comunista". Borges-Jekyll obtiene elogios de Mauriac, de Maurois, de los mejores críticos europeos. Borges-Hyde, provoca las alarmas del doctor Ernesto Sábato (*née* Carlos Argentino Daneri) y hace que los limpios de culpa alarguen la mano a la primera piedra.

La revista *Mito*, de Bogotá, dedica buena parte de su más reciente número a un homenaje a Borges que no excluye una

lúcida y respetable disidencia: el ensayo de Jaime Mejía Duque, que rechaza la obra pero no niega su grandeza. Dado que *Mito*, desgraciadamente, no llega sino a contadas personas en México, tal vez no resulte ocioso reproducir algunos párrafos de este homenaje. Rafael Gutiérrez Girardot —que ya ha publicado un excelente libro sobre Borges— afirma: "Lo bello es lo verdadero; con esta frase puede formularse la estética literaria del lector de Nietzsche Borges. Se puede reprochar y rechazar este escepticismo nihilista como cinismo. La crítica literaria hispánica objeta a Borges su intelectualismo. Y cuando Borges anticipadamente respondió a ella diciendo que el intelecto es en el hombre lo más humano porque es lo menos mineral, vegetal y angelical, aludió pues a la definición tradicional del hombre como animal racional, que él interpreta en el sentido del pensamiento moderno como el animal que se crea a sí mismo mediante la razón: como el hombre que se produce a sí mismo. La autoproducción del hombre no sucede —según Borges— mediante el trabajo, sino mediante el ocio. En el estado de la permanente disolución de los órdenes firmes de lo presente se sabe el hombre como hombre sólo cuando él alcanza mediante el ocio la conciencia de su propio poder, de su propio valor y de su libertad inajenable. Cuando el aire envenenado de una dictadura amenazaba aniquilar la vida humana pudo Borges, en medio del dolor, concluir una conferencia afirmando que mientras podamos pensar y fabular no habrá tirano capaz de imponer su poder sobre nuestra existencia. No sería de extrañar que se considerase tal convicción como fácil huida en la interioridad. Una fábula fantástica y un juego ingenioso se mantienen en el campo inocente de lo que no implica compromiso y por eso de lo ineficaz. Queden para otras horas mis penas —dijo Borges—, y con ello determina el arte como una función autónoma y autárquica de la razón, cuya humanidad es inherente a ella y que tiene otra especie de obligatoriedad y eficacia distinta de la que el sentido común y el heroísmo cordial adjudican al dulce corazón".

Nada dulces, en cambio, son las últimas líneas del ensayo de Mejía Duque: "Sería pues un error de graves consecuencias aproximar la significación del laberinto en el escritor argentino a las que el mismo símbolo asume en Kafka y en Joyce. Claro es que en todos ellos la forma del laberinto revela, en principio, una concepción general del universo y una actitud frente a la sociedad humana, de tipo idealista. Mas los contenidos particulares difieren extraordinariamente. A falta de un serio estudio fenomenológico, que no estamos por lo pronto en condiciones de presentar aquí, resumiríamos nuestra impresión de conjunto diciendo que ante los creadores de *La condena* y *Ulises* el esteta sudamericano esgrime con habilidad y elegancia las frívolas luminarias de *El Aleph*, *Historia universal de la infancia* y *Ficciones*, cuya espléndidez verbal, sin duda habitada por expectativas y resonancias, es a aquellos monumentos literarios lo que los epigramas de los retóricos helenísticos y bizantinos fueron a los diálogos de Platón y a los tratados de Aristóteles: el mundo y el arte concebidos como fugaz entretenimiento de un Hado Arbitrario, y estas mismas realidades afrontadas como problemáticas y comprometedoras de

suyo. Un místico torturado y un furibundo profeta bien podían con la última empresa. Un escéptico a caza de la metáfora en el Laberinto, jamás."

Marta Mosquera concluye, por su parte: "No importa que Borges cante en secreto al Río de la Plata, a Buenos Aires o a Montevideo, ni que esas dos ciudades sean dos laberintos en la niebla, que sus héroes sean un minotauro, un dios, un traidor, un guerrero, un héroe, un enamorado. Aquello que importa es la soledad de un poeta; su exilio natural en su propia esquina. Aquello que importa es saber soñar y hacer soñar a los otros. Todo es lícito frente al sueño. La vida es una profesión de fe, un aprendizaje doloroso, donde el asombro se acepta con todos sus secretos. Aquello que importa es que ese laberinto que Borges invoca se parezca al mundo y que Borges se parezca al hombre."

Pedro Gómez Valderrama habla de un encuentro en Washington con Borges, contribuye al homenaje con una selección de "cuentos breves y extraordinarios" entresacados de sus lecturas. Termina así: "Ahora, al recordar la entrevista, pienso que he debido tomar notas. Pero no lo hice; ante todo, era una entrevista de amistad. Por otra parte, las notas habrían logrado crear una confusión en este recuerdo que ahora es, para mí, nítido y preciso. La entrevista tenía el valor de una comprobación humana. Luego de haberle oído, de haber dialogado con él, pienso que Borges, humanamente, no podía ser distinto del creador que conocía. Que el hombre Borges vale tanto como el escritor."

Como es posible percibir, aun en estas citas aisladas de su contexto, la obra de Borges puede obtener o no nuestras aprobaciones, nunca ganar la indiferencia. Esa capacidad de admirarnos o de indignarnos constituye una de las seguras pruebas de su importancia, que Hernando Téllez destaca así, en un inciso de su *Agenda borgesiana*: "La influencia de Borges, como la de todo grande escritor, cuyo tono y cuyo procedimiento son inconfundibles, y cuyo estilo es una pertenencia inexpropiable, será funesta y benéfica en las letras de esta parte del mundo. Sobre desechos y cenizas borgesianas perecerán literariamente los que no podrán ser enriquecidos jamás con los secretos o explícitos tesoros de su obra, a causa de la propia impotencia para hacer de ella un nuevo punto de partida. Otros asimilarán orgánica y autónomamente esa peligrosa y espléndida influencia. Pero en diez, en veinte años más, y en la proporción en que la fama europea de Borges aumente, el bazar de las literaturas hispanoamericanas se llenará de subproductos, sumamente baratos, copiados sobre el molde borgesiano."

Creo que en esto sí podemos estar todos de acuerdo: la obra de Borges es un término, no un punto de partida. Como todo gran escritor, no puede ser un "modelo", pero sí es dado a todos el poder aprovechar sus enseñanzas. Conscientes o no de ello, pocos son los escritores de las recientes generaciones hispanoamericanas que no le deban algo a Borges, a Borges que ha descubierto un nuevo rigor y una nueva entonación del castellano, que ha señalado los peligros del falso nacionalismo, que ha creado una realidad, como la nuestra, implacable y laberíntica. "Vasta y casi inhumana fue la tarea, pero no fue menor la victoria."